



EGUZKILORE

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología.
San Sebastián, N.º 4 Extraordinario. Diciembre 1991.

“Pío Baroja y el criminólogo”

• Dedicatoria	5
• M.ª Jesús Aranburu. “Aurkezpena / Presentación”	6
• Antonio Beristain. “Prólogo”	9
• José Luis Astiazarán Aristizábal. “El Baroja de Eugenio Tamayo”	13
• Augusto Maeso. “Introducción”	15
• José Angel Ascunce. “Presencias de Pío Baroja en la obra novelística de Camilo José Cela: <i>La familia de Pascual Duarte</i> ”	19
• Iñaki Beti Sáez. “ <i>Las ciegas hormigas</i> de Ramiro Pinilla: un canto a la libertad y al esfuerzo personal”	33
• Jesús M.ª Lasagabaster. “La novela de la utopía imposible: <i>Paradox, rey</i> ”	43
• Lourdes Lecuona. “La novela de los bajos fondos: Baroja y Dickens”	53
• Miguel Pelay Orozco. “Releyendo a Baroja”	67
• Roberto Pérez. “Pío Baroja y su lucha por la vida”	81
• Andrés Sorel. “Baroja y la vieja nueva lucha por la vida” ..	95
Acto Solemne de Clausura	103
• Antonio Beristain. “La compasión en y de Baroja guipuzcoano”	105
• Juan San Martín. “El patrimonio familiar de los Baroja”	109
• Julio Caro Baroja. “42 años junto a mi tío”	111

EGUZKILORE

Número Extraordinario. 4
San Sebastián
Diciembre 1991
95 - 101

BAROJA Y LA VIEJA NUEVA LUCHA POR LA VIDA

Andrés SOREL

*Secretario de la Asociación de Escritores Españoles
Madrid*

I

La literatura, fundamentalmente, trata de los seres humanos. El personaje y su circunstancia. Aquél puede ser un mero reflejo del propio escritor o un muestrario de los que éste ha elegido para significarlo. En las circunstancias están los temas: el amor, la soledad, la muerte y la lucha por la vida. Desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días. Varían paisajes físicos, desarrollos tecnológicos: las pasiones siguen. Desde los sumerios hasta nuestra época. Desde las callejas bulliciosas de Babilonia, a los estrechos zócalos madrileños. A veces la guerra, siempre tan cruel como injusta, pasa, destruye, reduce a cenizas las ciudades. Los vientos dispersan los escombros, entierran las construcciones artísticas, faraónicas, o los simples habitáculos que resguardan del frío, de las fieras, salvajes o humanas. Mas la palabra queda. La palabra que acaricia o se lamenta, el verso que hiere o hace soñar, el relato que describe o imagina. La epopeya o la canción se transmiten de padres a hijos, se graba en tablillas o se reproduce en papel para preservarla en las bibliotecas.

Ya hace veinticinco siglos —y esperemos que la última guerra no haya sido aún más destructiva que todas las guerras precedentes y haya contribuido a calcinar

lo que pese al fuego, al diluvio y la barbarie logró, aún fragmentariamente, conservarse— una tablilla hablaba de las preocupaciones de un todopoderoso rey. “Yo, Asubarnipal, rey de las legiones, rey de las naciones, rey de Asiria, a quien los dioses le han dado oídos atentos y ojos abiertos, ha leído todos los escritos que mis predecesores habían acumulado... Adquirí el tesoro misterioso del arte de la escritura sobre tabla, discutí en el círculo de los sabios... leí una y otra vez los textos escritos ingeniosamente en la difícil lengua sumeria, descifré con gran esfuerzo la enigmática acadia y entiendo la especialidad de todos los sabios”.

Hoy, 20.000 piezas, una parte tan sólo de aquel tesoro, se descifran paciente-mente en el Museo Británico, y a través de ellas entramos, nada menos, que en el alba de la propia civilización. 25 siglos. 35 años solamente han transcurrido desde la muerte de Pío Baroja. Mas Pío Baroja ha entrado ya, para mí, para nosotros, en esa hermosa, bellísima categoría de la literatura de la nostalgia, en el capítulo de los amigos muertos, auténticos amigos con los que corremos senderos de palabras, músicas, conversaciones íntimas, profundas, compartidas, senderos sin torvas disputas ni estruendos mercantiles, senderos de utopías y realidades en los que el pasado fluye pausadamente hacia nuestro propio presente para alumbrarnos caminos que fueron nuestra propia infancia. La literatura es la auténtica historia del hombre, no hecha de dogmas, prejuicios, definiciones, sino compuesta con amor, odio, sangre o esperma.

II

Baroja, desde sus primeros escritos, nos mete en el ser humano y en el medio en que este ser humano se desenvuelve. Lo hace, primero, en su tierra vasca: *La casa de Aizgorri*, *El mayorazgo de Labraz*, *Zalacaín el aventurero*. E inmediatamente después en Madrid: es ya, en la capital del Estado, la lucha por la vida: *La busca*, *Mala hierba*, *Aurora Roja*.

Ha cambiado el paisaje físico, pero las huellas de quienes lo poblaban, permanecen en nuestros días. Sexo. Miseria. Alcohol-droga. Violencia callejera. Patios de monipodio en los extrarradios, suburbios, bajos del metro, en la propia Plaza de España. Fulleros. Trileros. Putas. Chulos. Buscavidas. Quinquis. Traficantes. Desgarro del argot hasta que casi se guturaliza. La película se ha coloreado, pero no deja de ser película.

Apenas arranca Baroja sus narraciones, y ya el río novelado fluye, sin pausas, condensando el paisaje y alumbrando una situación perfectamente descrita. Una situación que nos marca la diferencia entre el ayer y el hoy. Escribe Baroja, capítulo 1.º de *La Busca*: “Era, pues, la hora del misterio; la hora de la gente maleante; la hora en que el poeta piensa en la inmortalidad... la hora en que la buscona sale de su cubil y el jugador entra en él; la hora de las aventuras que nunca se encuentran. Y mientras se deslizaba esta hora romántica, cesaban en la calle los gritos, las canciones, las riñas; en los balcones se apagaban las luces, y los tenderos y las porteras retiraban sus sillas del arroyo para entregarse en brazos del sueño”. Y un poco más adelante, capítulo II: “Y el grillo, como virtuoso obstinado, persistió en sus ejercicios musicales, a la verdad algo monótonos, hasta que apareció en el cielo la plá-

cida sonrisa del alba. A los primeros rayos del sol calló el músico, satisfecho, sin duda, de la perfección de su artístico trabajo, y una codorniz le substituyó en el solo dando los tres golpes consabidos. El sereno llamó con su chuzo en las tiendas, pasaron uno o dos panaderos con la cesta a la cabeza, se abrió una tienda, luego otra, después un portal, echó una criada la basura a la acera, se oyó el vocear de un periódico. Poco después la calle entraba en movimiento”.

Un tiempo que se fue para siempre, perdido salvo en la pintura, bellísima, de Baroja. Hoy no existe el silencio. La era del automóvil ha matado los silencios de la civilización, su música distinta y múltiple; también aquí ha unidimensionalizado la vida. Nada identificamos, fuera del monótono deslizarse de una velocidad que no deja lugar al reposo ni al análisis. Por eso, en la nueva lucha por la vida, la violencia adquiere una mayor dimensión: estalla brutalmente, no se identifica con nombres, apellidos, circunstancias, con parentescos, con historias de marginados, sino que se amplía a todo un mundo expoliado por el feroz desarrollismo del Norte, se internacionaliza, se viste de blanco, se constituye en mafias que aparecen y desaparecen en todos los puntos del planeta, y al fin se deposita en los más vencidos, los más desposeídos de la tierra, los herederos de aquella “busca”, los que siempre están sin techo, al acecho, en el tirón y el pincho, los que entran a la gran ciudad por sus puertas falsas y defienden su situación vendiendo lo que sea, cuerpo, alma, vida.

En Baroja, las gentes humildes, que trabajan o roban, que se prostituyen o filosofan sobre su propia condición social, a la mesa, hablan de la vida de los otros: siempre los ajenos, pues las suyas, su historia, parece trazada y asumida desde siempre, tan maldita como las viejas peregrinaciones y exilio de los judíos del ayer, palestinos del presente. Los crímenes, robos, disputas, engaños de ese daguerrotipo que vivisecciona el novelista, son los culebrones, que sin literatura ni valor artístico propio tampoco en sus imágenes, conforman la televisión de nuestros días. Sólo que éstos ya no suceden en nuestro entorno, sino en ranchos de Texas o lejanos países con los que sólo parece unimos el idioma. Por otra parte, bandas como las de los piratas, son las “peñas” de hoy. Y “esas mujeres en camisa, acurrucadas y en corro de cuatro o cinco, que fumaban el mismo cigarro, pasándoselo una a otra dándole cada una una chupada” son las jóvenes, niñas casi, que encontramos hoy en casi todas las esquinas de Madrid, con las litronas y el porro, compartiendo la misma y única cultura que de siempre conocieron, la única a la que le da acceso la sociedad.

“Se pinchaban con un alfiler hasta hacerse un poco de sangre y después mojabán las heridas con tinta. El Bizco se pintó cruces, estrella y nombres en el pecho”. Punkies, skin-heads, rockers, a pie, en motos, de negro, pacíficos, violentos, avasallantes... llueve sobre historias que no se han inventado, llueve sobre tiempos que con la masificación han incrementado sus cotas de violencia, llueve sobre la discriminación económica, cultural, sobre el egoísmo que cierra los ojos a la destrucción ecológica y a la destrucción moral, llueve sobre la ciudad que crece para cerrarse en sí misma, tensionarse, y en el aullido, marcar los límites de su propia autodestrucción.

En “Mala hierba”, damos un salto cualitativo. El protagonista se sitúa ya en los aldeaños del “hampa azul”. Crímenes de marqueses, tráfico de drogas que enredan

a personajes de la alta sociedad, baronesas elevadas desde la prostitución a las revistas del chismorreo semanal... sólo ha cambiado el desarrollo social: el fondo del alma, los móviles, lo sentimientos, la cultura, son idénticos.

Porque en *Mala Hierba* los golfos son ya, simplemente, desheredados. Hombres y mujeres intentando regenerarse, encontrar un lugar, por minúsculo que sea, en el sol del orden social. Mas el trabajo, maldición bíblica, no eleva, sino esclaviza, no regenera, sino encadena. Y todo el orden, religión, justicia, poder político y económico se vuelca contra ellos, los buscadores —ayer y hoy— de la igualdad o al menos el equilibrio social. La lupa barojiana desnuda no sólo las almas de los miserables, sino la de aquéllos que en nombre de la civilización mantienen esta deficitaria democracia. Lupanares, comisarías, iglesias, casas de caridad, conventos, tabernas, juzgados, hoy casinos de lujo, discotecas de la Costa del Sol, clubs privados de la capital, señores kuwaitíes, barones del arte, ex-dictadores de las Américas, mafiosos ilustres en el poder o en el status de la alta sociedad, personajes y recintos al servicio de la vieja-nueva corrupción, que siempre corre paralela a la de la propia lucha por la vida. Cambian las formas, no los contenidos.

Se acentuaban las tintas negras en los relatos. Hoy, lejos de desaparecer, se multiplican en la asepsia informativa. Hasta el mundo del periodismo es mostrado, en Baroja, en sus dependencias, limitaciones, se cuestiona en estos relatos que son de los más estremecedores escritos desde los tiempos de Cervantes. El humor no queda sino en carcajada agria, hueca, de metal mellado. Y la lágrima, o la compasión, o el horror, no tienen cabida. Porque este solitario, individualista, misántropo escritor, no está sino continuando la saga que apenas cincuenta años atrás compusieran, en otras latitudes, pero con similares almas, Dostoievsky o Balzac. Un siglo de historia: aventura en el mar, peregrinaciones en tierra, recónditos paisajes o callejuelas del Madrid que a golpe de piqueta se va construyendo.

Y la queja, el anarquismo visceral barojiano, explota, con más desgarrada puncción que nunca en esta *Mala Hierba*:

- No debía haber fábricas —dijo Jesús con una indignación súbita.
- ¿Y por qué? —preguntó don Alonso.
- Porque no.
- ¿Y de qué iba a vivir la gente? ¿Qué se va a hacer de la industria si no hay fábricas?
- Que se haga la pascua como nosotros. La tierra debe dar para que vivamos todos —añadió Jesús.
- ¿Y la civilización? —preguntó don Alonso.
- ¡La civilización! Bastante nos sirve a nosotros la civilización. La civilización es muy buena para el rico; ¡lo que es para el pobre...!
- ...
- Cuando tenía usted dinero. La civilización está hecha para el que tiene dinero, y el que no lo tiene que se muera. Antes, el rico y el pobre se alumbraban con un candil parecido; hoy, el pobre sigue con el candil, y el rico alumbraba su casa con luz eléctrica; antes, el pobre iba a pie, el rico a caballo; hoy, el pobre sigue andando a pie, y el rico va en automóvil; antes, el rico tenía que vivir entre los pobres; hoy vive aparte, se ha hecho una muralla de algodón y no oye nada. Que los pobres chillan, él no oye; que se mueren de hambre, él no se entera..."

Mala Hierba termina como un poema libertario de una belleza y de una mansedumbre que en la utopía hiela el cuerpo con la angustia y el placer de la emoción.

III

Diciembre 1904. Es la fecha en la que Pío Baroja concluye “Aurora Roja”. Da término, igualmente, a la trilogía de *La Lucha por la Vida*. Y la termina en muerte. Y en la muerte se canta a la esperanza. Porque siempre se ha situado a Baroja entre los pesimistas. Y éste, contraatacando, podría decir con Schopenhauer:

“El optimismo, en las religiones como en la filosofía, es un error fundamental que cierra el camino a cualquier verdad”.

La verdad barojiana es la del reflejo, casi miniaturista, de una realidad que él indaga, en la que profundiza, que traslada después, sin análisis sectarios ni parcialismos críticos, a sus relatos. En ellos las palabras brotan en la sombra, en la tristeza, en la dureza de la existencia. Una vez más es él el gran notario de nuestra literatura, el gran notario de nuestra alma humana.

Escribe al final de la trilogía que comentamos, se despide, de ella precisamente, con estas palabras:

“Estaba anocheciendo; un rayo de sol se posó un instante sobre la lápida de un mausoleo. Se bajó con cuerdas la caja. *El Libertario* se acercó, cogió un puñado de tierra y lo echó a la hoya; los demás hicieron lo mismo.

— Habla —le dijo Prats al *Libertario*.

El Libertario se recogió en sí mismo, pensativo. Luego, despacio, con voz apagada y temblorosa, dijo:

— Compañeros: Guardemos en nuestros corazones la memoria del amigo que acabamos de enterrar. Era un hombre, un hombre fuerte con un alma de niño... Pudo alcanzar la gloria de un artista, de un gran artista, y prefirió la gloria de ser humano. Pudo asombrar a los demás, y prefirió ayudarlos... Entre nosotros, llenos de odios, él sólo tuvo cariños; entre nosotros, desalentados, él sólo tuvo esperanzas. Tenía la serenidad de los que han nacido para afrontar las grandes tempestades. Fue un gran corazón, noble y leal...; fue un rebelde, porque quiso ser un justo. Conserve-mos todos en la memoria el recuerdo del amigo que acabamos de enterrar... y nada más. Ahora, compañeros, volvamos a nuestras casas a seguir trabajando.

Los sepultureros comenzaron a echar con presteza paletadas de tierra, que sonaron lúgubramente. Los obreros se cubrieron y en silencio fueron saliendo del camposanto. Luego, por grupos, volvieron por la carretera hacia Madrid. Había oscurecido”.

Ha pasado casi un siglo. Aún por las esquinas de Madrid, pasan banderas derrotadas, sueños truncados, utópicos derrotados en este constante tío-vivo de la realidad y el deseo, de la ilusión y la desesperanza. Aún en el pesimismo, gentes que hacen sin embargo de él su núcleo vital para fundamentar una lógica crítica de la vida, para iluminarla e impedir que se torne gris, solamente gris, en la uniformidad gris que podría petrificarnos para siempre. Y sobre esos cantos y gritos vencidos, sobre esos vestigios restados a los ya recuperados, para el consumo, muros del 68, sobre esos jóvenes que caminan de la mano entre la indiferencia, el odio, la compa-

sión, o la duda, algunos ojos penetrantes buscarán la razón de ser, de existir y de luchar, de esos desposeídos, marginados, de esos eternos anarquistas que aún hablan —tras tantos desengaños sufridos en el curso de la eterna historia— de justicia, de igualitarismo, de cultura y fraternal hermandad; son sin duda ojos reencarnados de los ojos de Baroja, son sin duda manos que tiemblan como temblaban las manos de Baroja, cuando las palabras, las imágenes, las ideas y los recuerdos le impulsaban, como a caballo desbocado, a trazar sobre el papel sus vivencias.

De la destrucción a la esperanza es el título general que engloba la presente sesión dedicada a este curso barojiano. La destrucción y la esperanza van tan unidas como la vida y la muerte o la muerte y la vida, como el sueño y la razón, como la victoria y la derrota, como el poder y la corrupción. El ser humano teje de día para destejer en la sombra lo que produjo en la luz. La destrucción nació en el pecado original, en la idea del Dios justiciero y castigador. La esperanza se alumbró en la mano que un ser humano llevó a los labios del otro, en la voz que tras gritar, imprecicar o maldecir, comprendió que podía suavizar sus modulaciones, recitar poemas, entonar cantos de júbilo o dolor. Al fragor de la tormenta sucede la iridisación de la templanza que en mil colores exalta las posibilidades del magnificat de la Naturaleza. Al mundo cruel que Baroja con absoluta justicia retrata, sucede la piedad, el amor, la ternura con que nos lo muestra. La realidad es destrucción. La literatura es esperanza.

Y yo, al terminar esta breve reflexión que sobre la vieja-nueva lucha por la vida me llevó a Baroja, no puedo por menos que hacerlo en la literatura, que eso es para mí Baroja, sin duda uno de los grandes novelistas europeos del siglo, auténtica literatura.

Lo hago con dos poemas de Rimbaud. En uno, está el hombre. En otro, la literatura. Ambos pienso que retratan a Baroja y a su obra, que ilustran la razón de la novela enfangada en la vieja-nueva lucha por la vida. Como Baudelaire, frente a quienes optan por desconocer la realidad y refugiarse en formas sutiles, vagas, casi arcangélicas, sin materia humana, descomprometidos de otros tules que no sean los de sus sueños de mármol, éstos apuestan por lo terrible, por el infierno, por la rebelión, por lo orgiástico y lo melancólico, por el abismo y la profundidad del alma humana, descendiendo a los límites de la razón para encontrar muchas veces, en la locura, la auténtica belleza literaria.

La primera fantasía de Rimbaud se titula MI BOHEMIA y dice:

Iba por ahí, con las manos en mis bolsillos rotos;
 hasta tal punto mi gabán se volvía ideal;
 iba bajo el cielo, ¡oh Musa!, y era tu vasallo;
 ¡qué barbaridad! ¡qué de amores espléndidos he soñado!

Mi único pantalón tenía un hermoso agujero.
 —Pulgarcito soñador, desgranaba en mi trayecto
 algunas rimas. Mi albergue estaba en la Osa-Mayor.
 —En el cielo las estrellas tenían un suave fruí.

Y yo las escuchaba, sentado al borde de los caminos, aquellas gratas noches de septiembre en que sentía gotas de rocío por la frente, como un vino reconfortante.

¡En qué, rimando en medio de fantásticas sombras,
estiraba, como si fuesen liras, las gomas
de mis zapatos heridos, a un palmo de mi corazón!

Los zapatos heridos, la boina sudada, los ojos plenos de imágenes, las noches sin sueño, las tardes encalmadas junto a un brasero que apenas si mitiga el frío, los largos andares, la sonrisa apenas marcada en la boca, el café que se apura ya casi frío, las palabras afectuosas a los jóvenes que al mito literario se acercan, la huida de la falsa gloria, premios, reconocimientos, medallas, homenajes,... ¡qué tiene que ver eso con la literatura, con sus aventureros, trabajadores, vagabundos, putas viejas, críos engolfados, guerrilleros del ayer, curas socarrones y tramposos, románticos tardíos, inventivos mistificadores..!, también París se muere, y la bohemia, sólo queda la literatura, literatura encerrada en un viejo aparador tal vez, el aparador del que Rimbaud igualmente nos habla, con el que termino:

Un amplio aparador esculpido; el roble sombrío,
muy viejo, ha tomado ese aire bondadoso de los ancianos;
el aparador está abierto, y derrama en su sombra
como una oleada de vino añejo, de perfumes atrayentes;
abarroto por un revoltijo de viejas antiguallas,
de ropas olorosas y amarillentas, de trapos
de mujeres o de niños, de encajes marchitos,
de toquillas de abuela donde hay grifos pintados.

—Aquí pueden encontrarse medallones, mechones
de cabellos blancos o rubios, retratos, flores secas
cuyo perfume se mezcla con el olor de las frutas.

—Oh aparador de antaño, conocemos muchas historias
y sé que te gustaría contarlas; por eso murmuras
cuando se abren lentamente tus grandes puertas negras.

Afortunadamente, las historias conocidas y enterradas en la mente de Pío Baroja, fueron contadas por éste. A nosotros, sólo nos resta vigilar para que sus puertas estén siempre abiertas y al igual que nosotros las conocimos, sigan dando conocimiento y placer, iluminando, las mentes de las generaciones venideras.